LA EXTRAÑA PAJARERIA



*El señor Pajarian era un hombrecillo de cara simpática y sonriente que tenía una tienda de pajaritos. Era una pajarería muy especial, en la que todas las aves caminaban sueltas por cualquier lado sin escaparse,* ***y los niños disfrutaban sus colores y sus cantos****.*
*Tratando de saber cómo lo conseguía, el pequeño Nico se ocultó un día en una esquina de la tienda. Estuvo escondido hasta la hora del cierre, y luego siguió al pajarero hasta la trastienda*.

**Allí pudo ver cientos de huevos agrupados en pequeñas jaulas**, cuidadosamente conservados. El señor Pajarian llegó hasta un grupito en el que los huevecillos comenzaban a moverse; no tardaron en abrirse, **y de cada uno de ellos surgió un precioso ruiseñor**.

Fue algo emocionante, Nico estaba como hechizado, pero entonces oyó la voz del señor Pajarian. Hablaba con cierto enfado y desprecio, y lo hacía dirigiéndose a los recién nacidos: "¡Ay, miserables pollos cantores... ni siquiera volar sabéis, menos mal que algo cantaréis aquí en la tienda!"- **Repitió lo mismo muchas veces**. Y al terminar, tomó los ruiseñores y los introdujo en una jaula estrecha y alargada, en la que sólo podían moverse hacia adelante.
A continuación, sacó un grupito de petirrojos de una de sus jaulas alargadas. Los petirrojos, más creciditos, **estaban en edad de echar a volar**, y en cuanto se vieron libres, se pusieron a intentarlo. Sin embargo, el señor Pajarian había colocado un cristal suspendido a pocos centímetros de sus cabecitas, **y todos los que pretendían volar se golpeaban en la cabeza y caían sobre la mesa**. "¿Veis los que os dije?" -repetía- **" sólo sois unos pobres pollos que no pueden volar**. Mejor será que os dediquéis a cantar"...

El mismo trato se repitió de jaula en jaula, de pajarito en pajarito, hasta llegar a los mayores. El pajarero ni siquiera tuvo que hablarles: en su mirada triste y su andar torpe se notaba que estaban convencidos de no ser más que pollos cantores. **Nico dejó escapar una lagrimita pensando en todas las veces que había disfrutado visitando la pajarería**. Y se quedó allí escondido, esperando que el señor Pajarian se marchara.

Esa noche, **Nico no dejó de animar a los pajaritos**. "¡Claro que podéis volar! ¡Sois pájaros! ¡ Y sois estupendos! ", una y otra vez. **Pero sólo recibió miradas tristes y resignadas**, y algún que otro bello canto.
Nico no se dio por vencido, y la noche siguiente, y muchas otras más, **volvió a esconderse para animar el Espírito** decía **u de aquellos pobre pajarillos**. Les hablaba, les cantaba, les silbaba, y les enseñaba innumerables libros y dibujos de pájaros voladores "¡Ánimo, pequeños, seguro que podéis! ¡Nunca habéis sido pollos torpes!", seguía diciendo.

Finalmente, **mirando una de aquellas láminas**, un pequeño canario se convenció de que él no podía ser un pollo. Y tras unos pocos intentos, consiguió levantar el vuelo... ¡Aquella misma noche, cientos de pájaros se animaron a volar por vez primera! Y a la mañana siguiente, la tienda se convirtió en un caos de plumas y cantos alegres que duró tan sólo unos minutos: los que tardaron los pajarillos en escapar de allí.

**Cuentan que después de aquello**, a menudo podía verse a Nico rodeado de pájaros, y que sus agradecidos amiguitos nunca dejaron de acudir a animarle con sus alegres cantos cada vez que el niño se sintió triste o desgraciado.

IVAN DANIEL TOVAR CIRO 6,2